

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.  
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.  
Comunicados á precios convencionales.  
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

SABADO 26 DE JULIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea  
En tercera. . . . . 00'10 id id.  
En cuarta. . . . . 00'05 id id.  
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

## ESPECTÁCULO BOCHORNOSO

### LO DE AYER

Desde hace días veníase hablando de una manifestación preparada por gente de la huerta para protestar de las conclusiones del informe que sobre la mezcla de pimienta ha dado el Director de Sanidad. Desde hace días era conocida en Murcia la intención de los huertanos, y, sin embargo, no se trató de tomar medida alguna que contrarrestara la efervescencia de los exaltados, antes por el contrario, el gobernador, sin órdenes superiores que justifiquen su marcha, abandonó el gobierno de la provincia, yéndose de veraneo á Torrevieja.

Los que desean el escándalo, el motivo, vieron ayer defraudadas sus esperanzas á pesar de que hace no poco venían preparando cuidadosamente el terreno para conseguir el logro de sus aficiones, valiéndose de la inexperiencia de los honrados y laboriosos hijos de la huerta.

De nada ha servido la insidiosa labor, porque ante la prudencia de la inmensa mayoría de los huertanos estrellóse la mala fé de los amigos de la bullanga: el fracaso de la manifestación de ayer, lo evidencia.

Querían los capitanes Araña modernos traer á la población á todos los huertanos; querían que no quedase piedra sobre piedra de Murcia; pero á pesar de sus deseos, de los inacabables toques de caracola, sólo setecientos u ochocientos huertanos acudieron á la convocatoria, llegando aquí muchos, muchísimos, ignorantes de lo que venían á hacer á esta población.

Más claro, más patente se vió esto cuando los amigos del jolgorio, los promovedores de todo quisieron arrastrar á los huertanos al saqueo del cuartel de la Trinidad. A palos se obligó á muchos á contribuir al asalto del cuartel, y á otros muchos ni aun de este modo, porque también contestaron por la fuerza, pudo hacerse llegar á donde no querían. ¿Qué demuestran las coacciones de ayer, por todos vistas? Que no es, no ha sido nunca opinión de los huertanos la media docena de ambiciosos que se subieron al tripode para formular órculos acerca de este asunto.

¡Hermosa manera de gobernar! Cuando públicos eran los aires de fronda que por la huerta corrían, la primera autoridad de la provincia abandona el gobierno sin antes haber tomado las necesarias medidas de precaución frente á los sucesos que se avecinaban. No hay que culpar á los huertanos. Por ningún modo. Aun había que darles gracias por no haberse extralimitado, pues sabida su irritación y el abandono en que se encontraba la ciudad era de suponer que de la manifestación de ayer tarde ocurrirían graves sucesos, lo la vez que ni guardia civil ni fuerza alguna había en aquellos sitios señalados por el peligro; no había fuerza, repetimos, para en caso contrario contrarrestar los impulsos destructivos de los manifestantes.

¿Qué hubiera sido de la población si los manifestantes, ya ciegos, obcecados por la pasión ó extraños manejos (que de estos hay muchos tras la cortina) hubieran querido hacer alguna de las sonadas? ¿Qué hubiera sido de Murcia si los huertanos, quizá mal aconsejados, acometen ciertas empresas, tratan de imponerse á las autoridades, se declaran árbitros de los hechos y se lanzan en el camino de los desmanes? Triste es decirlo, mas no por eso debemos callarlo.

Lo de ayer fué un ejemplo que debe tenerse presente para en lo sucesivo, es un espejo en el cual debe mirarse el Sr. Aguado en previsión de sucesos funestísimos: ayer los huertanos fueron los amos de la población durante toda la tarde, camparon por su respeto, y si hubieran querido hacer lo que ellos tenían por castigo ejemplar, á estas ho-

ras más de un hogar lloraría la imprevisión del Sr. Aguado.

Nosotros no queríamos hacer ningún cargo al gobernador, pero lo que ayer se decía de público, por ser del alcance de todos, precisa decirlo. ¿Cuáles fueron los motivos para que el señor Aguado abandonara el gobierno de la provincia en vísperas de una manifestación, de alguna importancia, por tratarse de gente ineducada, instrumentos inconscientes de la política murciana? Nosotros que estuvimos con los manifestantes en todo el tiempo que duró la manifestación, pudimos recoger algunas especies, que á pesar de los pesares no creemos, porque nos lo veda el sentido común, porque no creemos al señor Aguado capaz de tal acto.

Se decía que el Sr. Aguado, de común acuerdo con los manifestantes, se había marchado á Torrevieja, cosa que no creemos nosotros á pesar de decirse de público. Se decía también que lo pretendido era consentir tal acto para que se retrasase la publicación de la R. O. que permitiría la mezcla del pimienta con aceite... Nosotros criticamos al gobernador por su abandono, por su imprevisión, pero jamás creemos que su marcha á Torrevieja, fuese de acuerdo con los manifestantes. No, no lo podemos creer, aunque lo dijeran los mismos que protestaban.

Que el gobernador ha demostrado su imprevisión, su falta de dotes para autoridad de la provincia; que el señor Aguado obró ligeramente abandonando el gobierno cuando público era lo que se avecinaba, mejor que lo dijéramos nosotros, lo dicen los hechos de ayer, lo afirman los tumultos de ayer tarde, los gritos de los manifestantes, el saqueo del cuartel de la Trinidad, los desmanes de los que protestaban, el abandono en que se halló Murcia ante los hechos, el peligro que corría Murcia ante la irritación de los huertanos, el peligro que ayer se cernió sobre Murcia.

Nosotros requerimos al Sr. Aguado á que presente su dimisión, su falta de carácter, su imprevisión de ayer se lo aconsejan, pues que de repetirse los hechos, gravísimos males podrían acarrear á Murcia la falta de energía, de carácter y aptitud del Sr. Aguado.

Si Murcia entera reconoce el fracaso de la manifestación de ayer, así como el fracaso de ciertas campañas y manejos políticos; no le es menos el de las autoridades, y de las nefastas predicaciones de unos cuantos despechados, ávido de atraerse las simpatías por malas artes. Gran parte de la culpa de los tumultos y desmanes de la multitud la tuvieron el secretario del Gobierno y el Sr. Avilés, que, procediendo con harta ligereza, aunque con sinceridad al parecer, no hicieron más que irritar á los manifestantes é impedirles á que se lanzaran al terreno del saqueo y los desmanes.

Contraproducente fué la salida extemporánea de ambas autoridades al balcón del gobierno, extemporánea fué la manera de que pensaron valerse para contrarrestar el mal. ¿Qué adelantaron dichos señores con salir al balcón y hablar en contra de lo que todo el mundo sabía? ¿Qué adelantaron, pues, si con su salida creció la irritación y los huertanos, hasta entonces sólo manifestantes, trocaron en desmanes su pacífica protesta? De ligerísimo modo procedieron ambas autoridades; con su debilidad irritaron los ánimos, con su blandura, con su extemporánea presencia ante la multitud exacerbaron las pasiones.

Vea, vea el Sr. Aguado, lo que se consigue con abandonar el gobierno civil de la provincia en momentos harto difíciles; vea, vea hasta qué punto conduce la ineptitud, la falta de tacto, la imprevisión. Los desmanes cometidos por la multitud, si demuestran el fracaso de exóticos manejos, y si demuestran el fin que llevaban los que impieron á los huertanos á tal acto, demuestran así mismo el abandono en

que se hallaba la población, la falta de medida, de previsión ante los sucesos que se avecinaban, lo que hubiera sucedido si los huertanos, en vez de guiarse por ageno impulso, obran de por sí.

Por fortuna de todos ha sido vista la añagaza y á nadie ha pillado de susto que esa multitud de hombres obran como obraron, inconscientemente la mayoría, sin darse plena cuenta de los fines que apetecían.

Como dijimos antes, el Sr. Aguado debe dimitir, su carácter es incompatible con ninguna autoridad, su presencia en el gobierno de la provincia de Murcia pudiera ser funesta de repetirse los sucesos. Aun es hora, aun puede salir con prestigio de la situación harto crítica, en que se colocó obrando tuertamente. Nosotros, después de todo apreciamos al Sr. Aguado, y constéle que al aconsejarle que dimita, sólo nos guía su dignidad, su buen nombre como autoridad primera de la provincia.

### LA MANIFESTACION DE AYER

#### Frente al Gobierno civil

Desde las tres de la tarde próximamente empezaron á situarse en la plaza de Santo Domingo, frente al Gobierno civil, pequeños grupos de huertanos, en su mayoría gente joven.

Hasta las cinco de la tarde siguió acudiendo frente al mencionado sitio, no solo huertanos, sino gente de la población y una multitud que solo fué para ver lo que estos pedían.

No pasarían de novecientas las personas situadas frente al Gobierno, si bien hay que descontar de ellos á los curiosos y la jente joven de la huerta, que por el mero hecho de ver allí reunidos á sus compañeros se les unían sin conocimiento de los que allí les llevaba.

Desde los primeros instantes se vió la supremacía que algunos individuos querían ejercer sobre los demás, y en más de una ocasión se temió seriamente un percance entre los mismos manifestantes. Parte fué á ello el modo, fuera de toda forma, con que algunos huertanos querían imponerse á las circunstancias, hasta el punto de emplear amenazas para que sus compañeros los siguieran en el camino de las protestas. Dando por resultado tales formas, que parte de ellos se alejaron de los grupos y criticaban la manera de conducirse de algunos.

#### Discrepancia.

De fracaso puede calificarse la manifestación de ayer, mucho más si se atiende á los hechos. Nosotros que indagamos el pensamiento de gran parte de los manifestantes, y tuvimos ocasión de oír su parecer, podemos decir, sin temor á equivocarnos, que las tres cuartas partes de los individuos allí presentes no sabían á lo que habían venido á Murcia, así como tampoco cuál era el objeto de la manifestación.

Tres ó cuatro individuos, con poco pelaje de huertanos, sin que esto sea decir que no lo fueran, eran los que llevaban la voz cantante en el asunto; eran los que daban los vivas y los mueras, sin que huertano alguno se hiciera eco de las tales manifestaciones, antes respondían con el silencio á estos desahogos. Cuatro ó cinco, pues, eran los solos, los únicos que se distinguían por su intransigencia, por su fogosidad é irritación; los demás manifestantes permanecían callados, sin plena cuenta de las circunstancias, hablando solo, de los motivos que habrían tenido los presidentes de las sociedades rurales para citarlos á tales actos de protestas.

Así las cosas comenzó á circular la especie de tirar al río todo el pimienta con aceite que había en la Trinidad, de lo que no fueron partidarios casi ninguno, con harta irritación de los

que querían llevar á sangre y fuego el asunto.

La discrepancia existente entre los manifestantes, fué agriándose hasta el punto de casi llegar á las manos; mas se cortó el suceso por poner atención á los gritos que comenzaron á dar algunos individuos de los menos huertanos precisamente.

#### Los gritos

Lanzados ya los manifestantes en este terreno, oyéronse gritos de ¡Mueran el Gobernador! que fueron contestados por algunos.

Hay que hacer constar que la multitud, unánimemente, criticaba el proceder del Sr. Aguado, por haberse ido de Murcia en víspera de un conflicto.

Para que se vea hasta donde llegó la ignorancia de algunos, baste decir, que se oyeron algunos gritos tan poco en consonancia con el asunto de litigio, que hubieron de protestar algunos, y otros se alejaron por no estar conforme con tales gritos.

Hemos de advertir una cosa, los que lanzaban los gritos, que no pasarían de seis ó siete, al principio, no eran huertanos ni mucho menos, y si estos después cuando salieron al balcón el secretario del gobierno y el Sr. Avilés se unieron á las protestas de los que gritaban, fué por no estar conformes con las explicaciones de ambos señores.

Puede decirse por tanto, que los huertanos eran los menos en protestar, cosa que se explica perfectamente con decir que ni ellos mismos sabían en qué fundaban sus protestas.

#### Las autoridades

En este punto las cosas, y á los repetidos gritos de la multitud de que saliera el Sr. Gobernador, aparecieron en uno de los balcones bajos, el Alcalde interino Sr. Avilés y el Secretario del gobierno D. Isidoro Villanueva.

La multitud comenzó á gritar haciéndose de todo punto imposible oír lo que decían ambos señores, si bien se oyó aconsejar la prudencia y afirmar que nada había de cierto en el asunto causa del litigio.

Grandes y prolongados gritos y protestas acogen las palabras de ambas autoridades; y acto continuo gran parte de los manifestantes principian á pedir que se arroje al río todo el pimienta que había detenido con aceite.

A punto fijo no se sabe lo que dijeron los Sres. Avilés y Villanueva, si bien se puede colegir que accedieron á la petición de los huertanos, por cuanto estos aplaudieron y dijeron de ir á la Trinidad en busca del pimienta para arrojarlo al río.

#### Tentativas

Ya aquí las cosas, unos cuantos emprendieron el camino de la Trinidad, más al ver que la mayor y más grande parte no los seguían, tornaron frente al gobierno, *adjetivando* de lo lindo y poniendo como no dejan dueñas á los rehacios.

Dos ó tres tentativas que hacer hubo para que los manifestantes se dirigieran á la Trinidad y tomaran una resolución; pero en valde, todos se negaban á tirar el pimienta al río, diciendo en apoyo de sus afirmaciones «que eso era quitarles el pan á dos ó tres familias, sobre que tampoco habían venido á Murcia para tal cosa».

Visto su fracaso, los *jaques*, así pudiesen llamar, comenzaron á increpar á los rehacios, amenazándolos y llegando hasta darse de golpes. Tan extremas medidas fueron duramente censuradas, pero... fué el único modo de hacerlos ir á la Trinidad.

Entonces se vió patentemente la diversidad de pareceres: la gran mayoría de los allí reunidos, mostrábase rehacia en poner en ejecución esta medida, cediendo por fin ante las excitaciones de unos cuantos exaltados, que hasta llegaron á amenazar y golpear con sus varas á los que se negaban á ir á la plaza de la Trinidad.

Gran parte de la multitud se puso

en marcha hacia el sitio donde se guarda el pimienta con aceite recogido estos últimos días.

#### Los presidentes de sociedades

A todo causó extrañeza no ver en la manifestación á ninguno de los presidentes de las sociedades rurales, llegando algunos individuos á hablar de *traiciones y ventas*, y censurar duramente á éstos, por colocarlos en la *brecha*, sin orden de lo que habían de hacer y sin saber los fines que perseguían.

Censuras justamente merecidas, pues nunca como ayer tarde se vió hasta donde llega una multitud sin pensamiento fijo y sin una cabeza que ordene.

#### En la Trinidad

Allá á las cinco y media próximamente, se pusieron los manifestantes en marcha, dispuestos, la mayoría, á arrojar el pimienta al río.

Las calles de la Merced, y las adyacentes á la Trinidad, veíanse repletas de huertanos, que luego de llegar á la Trinidad tornaron frente al gobierno, unos, marchándose á la huerta otros y dispersándose por la población gran número de ellos.

Unos doscientos cincuenta, escasos, eran los que quedaron en la Trinidad.

En el caserón donde se guarda el pimienta no había guardia civil alguna, ni autoridad que guardara aquello; no obstante era grandísima la animación que reinaba en aquel sitio. Los balcones cuajados de gente, y las puertas y terrados de las casas proximas repletas tambien de gente.

Acto seguido de llegar los huertanos, dieron el asalto al cuartel, invadiendolo una gran muchedumbre dispuesta á sacar el pimienta y arrojarlo al río, si bien había quienes se negaron rotundamente á entrar en el cuartel y saquear el pimienta.

El espectáculo que pudimos presenciar dentro del cuartel, era bien desconsolador por cierto. Daba una evidente prueba del punto á que habían llegado algunos en sus apasionamientos: hombres cargando grandes sacos de pimienta; cuchillos esgrimidos para hacer asas por donde coger los sacos; grupos que alcanzan los sacos del montón; aquí que cae un saco, allí otro que se rompe, más allá un montón de pimienta esparcido por el suelo, acullá, gente que tembletea ante el gran peso de la carga que lleva sobre sus hombros, más acá, sacos que ruedan... y por todas partes una multitud frenética, ávida de destrucción, de imaginario desquite; voces, intergaciones, órdenes, juramentos, confusión... el caos.

El imperio de la anarquía, como nos dijo un amigo.

Del patio del cuartel fueron habilitados algunos vehículos para transportar hasta el río el pimienta saqueado.

La animación era grandísima dentro de aquel caserón. Los pisos altos estaban materialmente ocupados de gente y por las escaleras era de todo punto difícil el transitar. Una gran muchedumbre obstruía el paso.

#### La guardia civil

Ya había partido el primer carro con dirección al río, y se cargaban otros dos, cuando se oyeron voces de ¡la guardia civil! ¡la guardia civil que llega!

Inflescriptible fué el pánico que se apoderó de la multitud ante la presencia de la benemérita, un gran movimiento de pánico se apoderó de los manifestantes.

Si la confusión era grande anteriormente á la llegada de la guardia civil, á la sola presencia de esta el pánico, la confusión creció de punto.

Los sacos de pimienta fueron abandonados, los carruajes se olvidaron... la multitud corría presa de mayor pánico ante los caballos de la guardia civil; las ventanas se cerraban con estrépito, las puertas rechinaban al cerrarse con violencia, un remolino palpitante de seres humanos que se dan á la fug